
NUESTRA SEÑORA DEL REMEDIO.

Venite ad me omnes qui laboratis... ego reficiam vos.

Venid á mí todos los que andais agobiados... yo os aliviaré.

(MATTH., XI, 28).

Dotado el hombre de sentidos, tiene necesidad de señales sensibles para elevarse á la consideracion de aquellas cosas que, ó por su grandeza, ó por la oscuridad en que están envueltas, superan los límites de nuestra inteligencia. Por eso vemos que en el Antiguo Testamento, cuando el Señor quería manifestar á los hombres alguno de sus atributos, se servía de símbolos y figuras; y unas veces enviaba una nube que llenase el Templo de Salomon, otras mostrábase á Daniel con vestiduras blancas como la nieve. Y por este mismo motivo el Apóstol nos exhorta, á inferir las perfecciones invisibles de Dios de las cosas que vemos; pues por el conocimiento de las criaturas se llega á conocer la inmensa gloria del Criador.

Esto mismo ha hecho la divina sabiduría para manifestar á los hombres la excelencia de María; con símbolos y figuras les ha dado á conocer el tesoro de gracias que reunió la que fué única en la tierra, y es poderosísima emperatriz en el Cielo. En los sagrados Cantares se la compara á los más bellos productos de la naturaleza, y el celestial Esposo dice, que son un panal de miel los lábios de su amada, que jacintos adornan su cuello, y que sus manos son de alabastro. No es, pues, de extrañar, que en todo tiempo los fieles hayan procurado representar con títulos é imágenes los beneficios que de María recibían, para honrar así á la que se les había dado por Madre y Soberana. Queriendo indicar todo lo que de magnánimo, generoso y saludable admiraban en la Santísima Virgen, pidieron á la pintura los más vivos colores, y á la lengua las palabras más expresivas.

Mas al recordar aquí los símbolos y figuras, los títulos é imágenes de María, no puedo ménos de recordar aquella imagen y aquel título que son el objeto de la presente solemnidad. Nosotros honramos hoy á María con el título de Nuestra Señora del Remedio, y este título nos recuerda todos los beneficios de María, y los demás títulos que á causa de estos beneficios le ha dado la piedad de los fieles. Para contribuir al incremento de vuestra filial piedad, y congratularme con vosotros que honrais á María con el título de Nuestra Señora del Remedio, voy á demostraros que, verdaderamente, es María el remedio de todos nuestros males, y que por lo mismo, este título es para nosotros motivo de gozo y de esperanza. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Que María había de ser el Remedio eficazísimo contra los males que aquejan á la mísera humanidad, lo manifestó el Señor cuantas veces para consuelo de los hombres se dignó hablarles con símbolos y figuras. Empecemos por el Edén. Cuando Dios prometió á nuestros primeros padres que ellos y su descendencia serían redimidos, en esta promesa indicábase ya, como poderoso remedio de los males dimanados de la culpa, á la Mujer, que había de aplastar la cabeza del príncipe de los abismos. Registrense detenidamente las inspiradas páginas de la Biblia, y á cada paso se hallará significada esa deliciosa promesa. Eva, al dar á luz á Abel, muerto por una mano fratricida; Sara, al concebir á Isaac, que había de llevar sobre sus hombros la leña para ser sacrificado; Rebeca, al inculcar á Jacob que se cubriera con los vestidos de Esaú, para alcanzar la bendición de su padre; esas tres ilustres mujeres eran otras tantas imágenes de María. Raquel, madre del justo José, quien vendido por sus hermanos llegó á merecer el nombre de Salvador de Egipto; Abigail, aplacando con su prudencia la indignación de David; Débora, marchando al frente de un ejército, y alcanzando la más completa victoria; esas matronas, Raquel, Abigail y Débora, figuraban los beneficios que por María habían de recibir los míseros mortales. A María figuraba Jael, cuando hundía un enorme clavo en las sienes de Sisara; á María figuraba Judith, cuando cortaba la cabeza del más implacable enemigo de su pueblo; á María figuraba Esther, cuando inutilizaba las tramas del perverso Amán y salvaba su nación de un próximo exterminio; á María, en fin, figuraban de una ú otra manera cuantas ilustres mujeres brillaron entre los hebreos.

Y no fueron solo esas tan celebradas heroínas las que profetizaron las gracias que por María había de recibir el linaje humano; Dios,

queriendo de antemano mostrarnos en María el saludable remedio de los males que aquejaban á la infeliz descendencia de Adán, grababa, por decirlo así, el nombre de la Virgen en los sucesos, que eran como señales de esperanza por los bienes que había de recibir. En efecto; María es el misterioso jardín que produce el árbol de la vida; es el Arca que flota sobre las aguas del diluvio; la paloma, que trae en su pico el ramo de la paz y de la gracia; y la columna que en el desierto sirve de guía al pueblo de Israel. María es el iris, que brilla en medio de las tempestades; la vara de Arón, que se viste de flores; el vellocino de Gedeon, que se adorna con perlas de celestial rocío; la zarza del Siná, que arde y no se consume; la nube del Carmelo, que se desata en benéfica lluvia. María es la torre de David, ante la cual se detienen despavoridos los enemigos; el maná, que restaura las fuerzas de los que desmayan por el cansancio de largo camino; la luna, que disipa las tinieblas de la noche; la aurora, que anuncia una hermosa mañana; el sol, que nos trae un día clarísimo; la fuente sellada, á la cual no puede acercarse la grey impura; el huerto cerrado, cuyas azucenas no tocan manos villanas; la Sunamitis, que enamora los corazones; la hermosa Engaddi, cuyo sonris parece comunicarse á los campos.

Si Dios, por una parte, se dignó ofrecernos en María un poderosísimo remedio contra todos nuestros infortunios, María, por otra, se mostró propicia y deseosa de atender á nuestros males y colmarnos de bienes. Examinad su modo de proceder al revelarla el ángel que está destinada á ser Madre del Salvador. Apenas la aseguró el mensajero celestial, que su maternidad se verificaría sin perjuicio de su virginidad, dos pensamientos llamaron toda su atención: el de los dolores y pasión del Hijo, y el de los bienes que resultarían de la pasión y de tantos dolores. María conoció perfectamente, que, como corredentora, tendría que apurar el cáliz de amargura, si prestaba su consentimiento á las palabras del ángel. Este conocimiento no debía dejarle un momento de reposo, y cual negra nube oscurecer toda idea de felicidad. ¿Qué consuelo, qué tranquilidad, qué reposo hubieran podido experimentar, Holofernes, si desde niño hubiera tenido siempre á la vista la espada que había de cortarle la cabeza; y Sisara, el clavo que había de atravesar sus sienes; y Baltasar, el dedo que, estando él en un banquete, había de escribir en una pared la sentencia que Daniel interpretó; y Absalon, la encina en cuyas ramas quedarían enredados sus cabellos? Pues bien; ese conocimiento de los males futuros, que la divina Providencia oculta á los hombres, lo tuvo

perfecto María, que vió cuanto había de padecer en el momento mismo que el ángel le hablaba. ¿Y cuál fué su resolución á la vista de tantos y tan crueles dolores? ¿Niega su consentimiento? NÓ: si Ella hubiese consultado la naturaleza, ésta le hubiera dicho: Guárdate bien de pronunciar una palabra, que tantas penas ha de costarte. Ella consulta las llagas del linaje humano, para las cuales su consentimiento será un remedio eficaz, y por eso responde afirmativamente. En su reducida habitacion parécele que se le presenta Adán, cuyos cabellos son blancos como la nieve, y su desgraciada descendencia, y le suplican que pronuncie una palabra que les procure la paz y el perdón. Cree también ver en su presencia á los Patriarcas, y recordándole los varios símbolos, con los cuales en los tiempos pasados la figuraron para que las gentes la reconocieran, le suplican dé una respuesta por la cual alcancen gracia y perdón. Los Profetas, asimismo humillados en su presencia, le ruegan que dé su consentimiento para que se verifiquen las promesas que ellos en nombre de Dios hicieron á los hombres. ¿Qué hace María al oír tantas súplicas? Para aplicar el remedio á los males de la humanidad, acepta los inauditos dolores que habrá de sufrir, y que conoce perfectamente; y á imitación de Jesucristo, que en el huerto de Getsemani, á la vista de su pasión, acepta los inauditos dolores que le están preparados, y dice á su eterno Padre: *hágase tu voluntad*, pronuncia también María la palabra: *hágase*, por más que este consentimiento haya de causarle la más tremenda serie de padecimientos.

Permítame la Virgen santísima, que yo le pregunte: Vos vais á pronunciar la palabra: *hágase*; vais á dar vuestro consentimiento; pero ¿habeis calculado las consecuencias de esta resolución? ¿Habeis reflexionado que vuestro Hijo será el hombre de dolores, arrojado por tierra á empellones, abofeteado, coronado de espinas, despedazado por los azotes y clavado en una cruz? Sí, me contesta, sé todo esto, y algo más; pero deseo que á los mortales no les falte el remedio que los libre de los lazos de la culpa y del Infierno: *Fiat, hágase*.—No olvideis, Virgen santísima, que la Iglesia, fundada con la sangre de Jesús, será horriblemente perseguida por los tiranos, despreciada é insultada por los sábios del mundo, y que Vos misma seáis el objeto de los insultos de los incrédulos, de las contradicciones de los herejes, y de las burlas de los Hebreos?—Sí, lo sé, me responde, y aún mucho más; pero no puedo permitir que al linaje humano le falte el remedio de que tanta necesidad tiene: *Fiat, hágase*. Pero no olvideis, Virgen santísima, que los mismos cristianos redi-

midos con la sangre de vuestro Hijo, é hijos de vuestras penas, no apreciarán vuestro amor, y por un miserable bien de la tierra, ingratos, correrán á precipitarse en los abismos de la culpa, renovarán la pasion de Jesús, y traspasarán de continuo con nuevas espadas vuestro sacratisimo corazon.—No importa, replica Ella; sé todo esto, y mucho más; pero deseo que para los hombres quede borrada la sentencia de condenacion contra ellos fulminada; y sean cuales fueren los dolores que me están reservados, estoy resuelta á ofrecerles con mi mano el remedio que ha de librarlos de los males que les abruma: *Fiat: hágase.*

Pronunciadas estas palabras, María quedó constituida con toda verdad nuestra Señora del Remedio, porque proporcionó la salvacion al linaje humano que estaba enfermo. Considerad, en efecto, hermanos míos, las gracias que al linaje humano le eran indispensables para verse libre de la degradacion y de la muerte en que se había precipitado, y os vereis precisados á confesar, que María, dando su consentimiento á la obra de nuestra redencion, nos las proporcionó.

Los hombres tenían necesidad de un remedio que les devolviese las fuerzas, para que libres de sus enemigos, pudieran sin temor cumplir con los deberes que su vocacion les impone; y este remedio lo recibieron de María. En efecto; Zacarías, en un éxtasis de alegría, al soltar su lengua ántes muda para entonar su cántico, bendice al Señor por haberse dignado visitar á su pueblo, y, fiel á sus promesas, llevado á cabo sus amorosos designios. Hacía muchos siglos, que el linaje humano sufría los insultos de los enemigos infernales; ahora no los sufre ya; el Infierno está vencido; y los que gemían como esclavos, pueden con toda tranquilidad atender á sus intereses espirituales. *Ut sine timore de manibus inimicorum nostrorum liberati, serviamus illi.*

Los hombres necesitaban un remedio que diera vista á sus ojos, puesto que la culpa los había cegado y la más profunda noche los oprimía; pero vino María, realizáronse las promesas de la Redencion, brilló una luz esplendísimá, y desaparecieron las tinieblas que por espacio de cuatro mil años habían cubierto la tierra. En efecto; el anciano Simeon, hombre justo y religioso, que con la fé de los antiguos Patriarcas esperaba al que había de consolar á Israel, y á quien el Espíritu Santo había revelado en el fervor de la oracion, que no moriría sin haber visto al Salvador del mundo; al tomar á Jesús en sus manos exclamó: ¡Oh Señor! ya podeis dejarme descansar en paz, pues he visto con mis ojos al que habeis enviado para

salvacion nuestra, y es la luz que ha de iluminar á todas las naciones: *lumen ad revelationem gentium.*

Los hombres tenían necesidad de un remedio, que los curase de los innumerables males que les causaban cuarenta siglos de anatema; María se lo proporcionó. Solo una infinita misericordia podía quitarles aquellos males. Pues bien; esta misericordia, sin la cual la esperanza hubiera abandonado el valle de lágrimas en que vivimos, ha descendido del Cielo, y los enfermos tienen cerca de sí el remedio de todos los males. Escuchad sinó lo que dice la Virgen santísima en su célebre cántico. Despues de haber en un éxtasis de amor proclamado las magnificencias del Altísimo, exclama: Su misericordia se extiende de generacion en generacion: *A misericordia ejus a progenie in progenies.*

Para que mejor conozcais, hermanos míos, que María es la Señora del Remedio, veamos cuales son los bienes de que le somos deudores, en oposicion á los males que nos vienen de Eva, la primera mujer. Por Eva entró al mundo la culpa original, pues induciendo á Adán á comer del fruto vedado, infestó á todos los que nacemos de un tronco viciado; por el contrario, de María nace el que viene á borrar con su sangre la sentencia de una muerte escrita contra nosotros con negros caracteres en el Cielo, y á darnos la vida. Eva, cogiendo con mano orgullosa el fruto de perdicion, ha hecho circular por las venas del linaje humano un torrente de infortunios; María, atrayendo con su extraordinaria humildad á su seno el fruto de la vida, derrama sobre la tierra regenerada un océano de bendiciones y de salvacion. Por Eva, el hombre que Dios había colocado en un lugar el más delicioso, el paraiso terrenal, se precipitó miserablemente en las tinieblas de la ignorancia; por María, ese mismo hombre pasa de las tinieblas á los resplandores de la luz. Por Eva, innumerables generaciones nacen con la corrupcion en el corazon, y viven en un suelo maldecido; por María, esas mismas generaciones son estrechadas por los brazos de la eterna piedad, y levantando los ojos al Cielo, esperan llegar á la pátria del amor y de la perfecta felicidad. De Eva nació un hijo, que siendo el primer fraticida pobló la tierra de una raza impía; de María nació un hijo, que siendo el benéfico Salvador de sus hermanos, pobló el mundo de justos y el Cielo de comprensores. Por Eva, el hombre, aún ántes de ver la luz, se halla con la sentencia de condenacion escrita en su frente, el pecado en el corazon y suspendido sobre el abismo; por María se borra esa sentencia, se quita ese pecado, se cierra ese abismo. Por lo tanto, si Eva, arrastrando al hom-

bre á la rebelion y dándonos la muerte, perdió todo derecho á ser llamada con el glorioso título de *Madre de los vivientes*; María, dándonos la vida y acercándonos á Dios, adquiere todos los derechos á ser saludada con el título que Eva perdió, y con el nombre que indica su beneficencia, quiero decir, con el título de Nuestra Señora del Remedio.

Otras razones pudiera presentaros, hermanos míos, para demostrar, que á la Virgen santísima le cuadra el nombre de Nuestra Señora del Remedio. Recordad las palabras con que san Bernardo nos asegura, que Dios quiso recibiéramos todas las gracias por las manos de María: *Omnia nos habere voluit per Mariam*. ¡Oh, si pudiésemos conocer la multitud de gracias que su mano benéfica derrama sobre la humanidad! ¡Plugiése á Dios, que nuestra flaqueza pudiera elevarse tan alto, de poder conocer la innumerable série de beneficios que por Ella descienden á la tierra! Entónces veríamos, que todos los días esta generosa Madre nos mira con ojos de piedad, y nos defiende con su poderoso patrocinio. Veríamos entónces, que no hay momento en el que con la mayor ternura de maternal afecto no procure enjugar nuestras lágrimas y remediar nuestros infortunios. Veríamos entónces, en fin, con cuanta verdad y con cuanta razon dijo san Bernardo: *Que todos los beneficios nos vienen por María*.

Cuando pensamos en los muchos y varios beneficios que el sol dispensa á la tierra, reduciéndolos como á uno solo, decimos que la tierra es deudora al astro del día de todos sus bienes; del mismo modo, cuando consideramos los innumerables beneficios que la santísima Virgen nos dispensa, no pudiendo enumerarlos, acostumbramos expresarlos con esta sola expresion: María es el remedio universal de todos nuestros males, de todas nuestras enfermedades y de nuestros infortunios.

Por esta razon, nuestros padres dieron á María el título, con el cual la honramos nosotros, de Nuestra Señora del Remedio. Vieron que en María hallaban refugio los pecadores arrepentidos de sus pasados extravíos, y la llamaron: Refugio de los pecadores. Vieron que en Ella hallaban consuelo los afligidos, que despues de haber colocado su esperanza en el mundo, que tantas promesas les hacia, se hallaban en un estado el más desgraciado, y la llamaron: Consoladora de los afligidos. Vieron que hallaban en Ella la salud los enfermos, que cansados de las medicinas, no sabían ya á quien recurrir para su curacion, y la llamaron: Salud de los enfermos. Vieron que dispensaba un poderoso auxilio á los cristianos, cuando las asechanzas

de sus terribles enemigos les ponían en gravísimo peligro de perderse, y la llamaron: Auxilio de los cristianos. Llamáronla Abogada, al ver con los hechos que defendía su causa delante de Dios; llamáronla Maestra, al ver que iluminaba las inteligencias, para que se salvaran de las astucias de que se servían los satélites del infierno para perderlos; que la saludaban con el título de: Causa de nuestra alegría, cuando la vieron siempre dispuesta á consolarlos con sus misericordias; que la llamaban: Estrella del mar, porque los consolaba si atribulados, y los salvaba en los mayores peligros. No dudando, pues, que Ella socorría á cuantos se hallaban en la tribulacion, que alentaba á los pusilánimes, inspiraba valor á los tímidos, y se hallaba siempre dispuesta á desarmar la indignacion del Altísimo; á alcanzarles las gracias y auxilios de que más necesidad tenían, á procurarles, en fin, el remedio de todos los males que afligian al linaje humano; despues de haberla invocado con tan diferentes títulos, cuantos eran los remedios que proporcionaba á los hombres, resolvieron invocarla con un solo título, que comprende todos los otros, llamándola: Nuestra Señora del Remedio.

Y si María, al ser así saludada, protege á todos, ¿cuánto más protegerá á vosotros, hermanos míos, que la venerais de un modo particular bajo este título de Nuestra Señora del Remedio? Tened, pues, en Ella una santa confianza, y vosotros recibireis con abundancia sus gracias, y experimentareis de un modo especial los efectos de su benignidad. Nuestra Señora del Remedio os conducirá acá en la tierra por la senda de la salvacion, y un día os introducirá en la mansion de la felicidad eterna. Así sea.